

DE PASEO POR EL VALLE

Iba yo con mi caballo por uno de tantos caminos como cruzar el hermoso Valle en el que vivo cuando, sin darme cuenta, se tropezó mi caballo con una piedra cualquiera. No sé por qué, pero no me agarré bien y caí.

- ¡ Mecachis en la mar serena !
- ¿Por qué me pasa esto a mí?
- ¡ Que sinvergüenza de caballo ¡me pareció que lo hacía adrede, ¡ siempre fastidiando !

Me levanté, me limpié y luego seguí adelante, pero ya en el suelo y llevando al caballo por las riendas :

- ¡ Ay madre del amor hermoso! ¡Mira, Romero, como sigas así, te abandono aquí!
- Bueno, mira, vamos a tomar el agua de aquel riachuelo que baja.

Cuando llegamos al río, me incliné para beber y el Romero, ese caballo sin piedad, me empujó hacia el agua.

- ¡ Ay madre ¡ ¿Por qué compré este caballo? Encima en Andalucía donde algunos me timaron.
- Mira, vamos a aquel pueblo, a ver si cambian caballos.

Siguiendo el río, por la ribera, bajamos hasta llegar al lugar.

- Vamos Romero, no te pongas así, que era broma aquello, que yo a ti, ¡te quiero mucho!
- Venga bonito, que no te va a pasar nada.

Ya llegando al pueblo pregunté a un señor:

- Buen hombre ¿Dónde está el Ruisenior?
- De qué Ruisenior me habla, que no lo conozco ni yo. -
- contestó el hombre.

- Pues el Ruisenñor es de este pueblo. Él y yo somos socios y me tiene que contar algo interesante, así quedamos, me prometió que me llevaría a conocer pueblos a la ribera del Alagón. También que me contaría del lugar donde nace el río y hasta su desembocadura.

Le dije otra vez:

- Bueno, ya no le molesto más, me voy con Romero hasta la Posada.

- Adiós buen hombre, que tenga suerte en su viaje.

En la Posada me acerqué a las caballerizas para dejar a mi caballo reposar; entre tanto, le hablaba:

- ¡Ay Romero! ¿y ahora qué hago sin el Ruisenñor?

- ¿Quién me mandó venir a aquí? ¡Solo estoy sufriendo!

Me subí a mi habitación dejando solo al caballo.

Ya descansado, alguien llamó a la puerta del cuarto.

No abrí.

- ¡Quiero descansar, por favor dejadme!

Cuando, de repente, escuché una voz; era nada menos el Ruisenñor. Me levanté rápidamente y fui a abrir.

- Te estaba esperando, pero como no venías, ya había decidido a volver a mi finca.

- Bien, pues ya estoy aquí. Mañana partiremos antes de que salga el sol, te llevaré a conocer lugares hermosos del Alagón. También verás buen ganado de las diferentes fincas productoras de por aquí. Verás ermitas y muchos nidos de cigüeña; y a ellas mirando desde lo alto todo el Valle.

Verás infinidad de flores: jaras, margaritas blancas, amarillas... hasta los cardos son lindos en primavera.

Desde lo lejos se vislumbrará la muralla de Galisteo, las casas blancas de Puebla de Argeme y, un poco más a lo lejos la Torre de la Catedral de Coria, alta, imponente, soportando el paso del tiempo.

Al final del recorrido nos iremos rumbo a la Isla; bajo ese bosque de Chopos frondosos, pediremos una rica carne y ensalada. ¡Y a cenar! ¡Quedaremos como nuevos!

- Bueno, Ruisenior, me alegra que hayas recordado mi visita, seguro que será un hermoso viaje. Nos vemos por la mañana, hay lugares por explorar.

Adiós.

(Después del paseo con Ruisenior).

- Ahora marcharé con Romero, diciendo adiós a este placentero lugar.

(Llegando a los establos)

- ¡Romero!

Romero levantó la cabeza y relinchó, yo me acercaba cada vez más a él.

- Bonito, nos tenemos que ir, regresaremos otro día, cuando tengamos más tiempo.
No te pongas triste, volvemos a casa.

A la mañana siguiente cogí mi zurrón y mi cantimplora, llegué a los establos cogí a Romero y en marcha.

La tarde caía sobre el Valle, el sol se iba durmiendo y sus últimos rayos iluminaban todo, era una vista hermosa.

Decía hasta mañana a aquel Valle que me da tanta felicidad.

(Ya a lo lejos).

- ¡Estáte quieto Romero! ¡Que me vuelves a tirar!
- ¡Ahora sí te vendo de verdad!

Fin